

suyos. Hizo suyos a los de fuera. Por eso, uno de los obispos más «modernos» de estas últimas décadas pudo vivir a gusto

en Huesca. No tenía sentido que fuera «príncipe», quien decidió vivir como «servidor» (pág. 335).

Cristóbal Robles Muñoz
Instituto de Historia (CSIC)

PELLISTRANDI, Benoît y SIRINELLI, Jean-François (coords.): **L'histoire culturelle en France et en Espagne**. Madrid, Casa de Velázquez, 2007, 450 págs., ISBN: 978-84-96820-19-7.

La presente obra aborda el fenómeno de la historia cultural. Reúne los artículos procedentes del cincuenta reencuentro franco español organizado en el año 2005 por la Casa de Velázquez en Madrid. El planteamiento de partida del seminario consistía en tratar determinados temas en los terrenos francés y español, cada autor en su propio idioma. Veinticuatro autores, la mayoría de reconocido prestigio, abordan catorce cuestiones sobre la historia cultural desde sus respectivos campos de especialización. El objetivo era compartir dudas, planteamientos, lugares comunes o perspectivas de futuro en Francia y España dentro de temáticas precisas. Como resultado, dejan un panorama bastante completo, si bien no se ha podido llevar a cabo la réplica en uno u otro país en todos los terrenos (religión, patrimonio, intelectuales y políticas culturales).

El volumen se divide en tres apartados. El primero se ocupa de los campos de la historia cultural, donde se abordan las políticas culturales; la historia de los intelectuales en la actualidad; el mundo de la lectura y de la edición; la historia del arte, del patrimonio y de los medios de comunicación de masas; por último, la historia

de las transferencias culturales internacionales. El segundo bloque trata la problemática de la historia cultural, donde se afrontan los temas de las culturas políticas; de la religión, de la identidad nacional y de la cultura de guerra. El tercer bloque enfoca diversas miradas a la historia cultural del presente, orientadas hacia la cultura nacional en relación con las culturas regionales; hacia la cultura de masas; finalmente, hacia el uso, manipulación e instrumentalización de la historia, junto con la sensibilidad que la sociedad desarrolla hacia ella.

Los artículos reflejan cómo la historia cultural nació siguiendo clásicas premisas de la escuela de los *Annales*: lejos de la aproximación historicista y de los grandes acontecimientos e integrando el enfoque multidisciplinar. Nació para intentar responder las preguntas de la sociedad ante realidades que la historia construida anteriormente no había logrado contestar. Ofrece una mirada «distanciada», según la cual prefiere plantear nuevas preguntas antes que buscar en nuevas fuentes, o analizar viejas temáticas pero desde la renovada perspectiva de la comprensión de los fenómenos culturales. La historia cultu-

ral aparece cuando la cultura se sitúa en el centro de los procesos históricos, en un intermedio entre los comportamientos individuales y los colectivos. Se trata del análisis de las formas culturales concebidas por y para el hombre. Podríamos decir que se trata de una historia construida a la medida del hombre. Al emplear estas últimas palabras para definir el fenómeno, hemos de recordar que, si bien varios autores del monográfico definen el campo que van a tratar, ninguno aborda la definición de cultura, cuestión que probablemente reclamaría cualquier antropólogo.

El objetivo de la historia cultural es la construcción de las identidades, de las percepciones humanas, de la configuración de las representaciones sociales. Si tuviéramos que abstraer su sentido último, podríamos decir —recurriendo al excelente artículo de Mainer— que se trata de las interacciones culturales trazadas entre emisor y receptor a la hora de generar determinada información. Diríamos que se intenta llegar a toda la cadena del mensaje: a los mecanismos que lo crean, transmiten y transforman; a las formas de recepción y percepción por la sociedad. El objetivo es descodificar las actitudes humanas, descodificación que oscila «entre lo real y lo inmaterial, entre la información real y la construida por el imaginario». Podría asemejarse —si cabe la expresión— a una especie de psicología de la historia, porque restaura el papel de los individuos a la hora de recibir los mensajes y de deformarlos, de transfigurarlos, de modificarlos para adecuarlos a sus intereses, demandas y necesidades. Dichos mensajes pueden transmitirse a través del arte, la arquitectura, el patrimonio, la prensa, la intelectualidad, la religión, las relaciones cultu-

rales, la política y las políticas bélicas, identitarias o transculturales.

Por poner algunos ejemplos, este objetivo cultural centra su atención en la historia que el Estado o la nación transmiten a sus ciudadanos a través de diversas políticas culturales. Estudia el lugar que ocupa el patrimonio en las configuraciones de la legitimidad cultural, la identidad o las políticas de ubicación social, y cómo se puede ligar su impulso y promoción a la creación de un estado-nación moderno. Igualmente, descubre el valor histórico de las industrias culturales por su capacidad para generar representaciones; busca en el cine, en el tebeo o en la literatura las imágenes concebidas para movilizar determinados grupos sociales o generacionales, que se analizan en función de los condicionantes sociales y políticos de su época. Asimismo, reenfoca el sujeto: aborda a los periodistas para llegar al propio periodismo; analiza antes la percepción del público que la propia realidad difundida en los medios de comunicación multitudinarios; se centra más en los mecenas y en los artistas a la hora de generar la obra de arte que en la obra propiamente dicha, o se orienta hacia las vivencias de la guerra antes que hacia el estudio de la guerra misma. El tipo de investigación que realiza la historia cultural es de signo muy cercano al giro lingüístico anglosajón, a la microhistoria o a la historia de las mentalidades, que cuando aparecen en el monográfico son tratados como fenómenos historiográficos cuasi paralelos.

Una constante del libro es que se privilegia el carácter historiográfico en los diversos temas abarcados. Los autores suelen repasar las principales aportaciones que lograron avanzar la materia por

esta tendencia cultural. En Francia el cambio partió de mayo del 68, y señalan que comenzó a hacerse historia cultural de forma generalizada desde los años ochenta, cuando algunos autores afirman que sí que era una novedad. En España el proceso de transformación se activó más tarde y fue menos generalizado. El pistoletazo de salida pasó por la caída de la dictadura, lo que facilitó la apertura ideológica que marcaría posteriores estudios y una entrada más fluida de nuevas aportaciones, que a menudo siguieron el flujo de la historia social, el camino de los Pirineos y la senda abierta por los hispanistas.

Hay diversos nombres que reaparecen en unos y otros artículos cuando se rememoran los antepasados de esta historia. En el campo francés, la mayoría de los autores comienzan por la renovación de la Escuela de *Annales*, con cuya cuarta generación vendría a coincidir la historia cultural. De los muchos nombres que aparecen, los más citados son los grandes iniciadores del avance como March Bloch, Lucien Febvre con su legado en Henri Jean-Martin; la historia diplomática de Pierre Renouvin; estudios del mundo de la edición y las representaciones de Roger Chartier; las invenciones de Michel Foucault; los campos intelectuales y el capital social de Pierre Bourdieu; los lugares de memoria de Pierre Nora; los avances historiográficos de François Dosse; las sociabilidades de Maurice Agulhon o Mona Ozuf; la historia política de Paul Ricoeur o René Remond; y muchos otros nombres que han avanzado la materia mediante análisis sectoriales, como Johan Huizinga, Jacques Revel, Carolyn Boyd o Alain Corbin, por no mencionar los que escriben en el monográfico y

son justamente referidos por sus colegas españoles o franceses.

En el caso español también se repiten nombres. A la hora de recordar la forja de identidades, aparecen en los orígenes tanto el influjo del nacional catolicismo de Menéndez Pelayo como las polémicas lecturas del ser español de Américo Castro y Sánchez Albornoz. Luego, investigadores innovadores como Ortega y Gasset; José Simón Díaz desde el acreditado positivismo de la época; las aportaciones sociales de Julio Caro Baroja o José Antonio Maravall; los compendios históricos de Menéndez Pidal y Jover Zamora; impulsores de la apertura como Tuñón de Lara; del cambio, con Carlos Serrano o Javier Tusell a la cabeza (pues son de los más citados); y luego, innumerables autores como los Bonet, Checa, Bozal, Bouza, Portillo, Guereña, Pasamar o Pérez Garzón, aparte de los del monográfico, como dijimos para el caso francés.

Cuando hacen dicho repaso historiográfico suelen abundar las obras empíricas y no teóricas. Este protagonismo de los estudios prácticos se conecta íntimamente con la frase con que Bertrand Dorléac concreta una de las constantes de este tipo de historia. Dice —refiriéndose a autores como Francis Haskell— que «los buenos historiadores hacen la historia cultural sin nombrarla». Otra variante en la que coinciden varios artículos es la referida al historiador cultural *avant la lettre*, que la practicaba sin saberlo. Esto motiva que autores que nunca refirieron dicha etiqueta en sus títulos puedan aparecer repetidas veces en estas compilaciones o, por el contrario, no ser englobados. Ambas cuestiones quedan patentes en la ausencia de la obra de Justo Serna y

Anacleto Pons, quienes no sólo venían haciendo historia cultural sin referirlo en sus títulos, sino que además tienen un libro al respecto: *La historia cultural. Autores, obras, lugares*, Madrid, 2005. Llama la atención que ningún autor los mencione, si bien la ausencia de esta última obra pueda tal vez deberse a las fechas de entrega de textos para la edición, aunque algunos franceses incluyen citas hasta del año 2008.

Otro elemento que llama la atención es que bajo el título de «Religión y cultura en la historiografía española» aparece una reflexión sobre la religión y las creencias que es bastante lejana al terreno de la historia cultural; lejana por contenidos, tratamiento del tema o biografía citada (salvo algunas excepciones que se encuentran entre las citas a papas o la Biblia). El sesgo ideológico de partida no se corresponde con la neutralidad académica que caracteriza a la mayoría de los autores del monográfico. Por ejemplo, González Calleja al abordar el franquismo o la Guerra Civil, deja el tema perfectamente planteado y desarrollado sin entrar en valoraciones ni conflictos sobre profesiones ideológicas; lo mismo sucede con el artículo de Ismael Saz, al estudiar de manera crítica y reflexiva las culturas políticas en España; o Benoît Pellistrandi en el primero de sus textos, cuando trata el catolicismo o el franquismo en los procesos de construcción de la identidad nacional española.

Para terminar, cabe decir que se trata de un libro que debería de estar

presente en cualquier biblioteca universitaria, por sus contenidos y carácter compilatorio. Los artículos en general son sugestivos, cuentan con una libertad de tratamiento que si bien a veces motiva que diferentes autores redunden en temas similares, también permite que otros los enriquezcan sobremedida. Como toda obra colectiva, contiene artículos de carácter desigual, que aquí oscilan entre los brillantes y los inevitables de menor calidad. Algunos autores abordan el fenómeno de manera impecable, haciendo un repaso historiográfico por la materia, narrando los temas principales de estudio y aportando ejemplos con las oportunas explicaciones de los motivos por los cuales esas obras se han de considerar incluidas dentro de la historia cultural. Otros, sin embargo, se centran en cuestiones demasiado puntuales, recurren más a citas de lugares comunes en vez de referir las ricas aportaciones que siguen generando relevantes avances en su materia (lo que tal vez responda a las dudas sobre su posible agotamiento). Como colofón, resta decir que la idea de reunir las obras de este coloquio resulta doblemente acertada, porque la Casa de Velázquez ha contribuido al diálogo con Francia y con ello también a la modernización de los estudios sociales y culturales en España, con los seminarios que viene organizando desde 1999 y con sus publicaciones, de obligada referencia en la historiografía española.

María Zozaya Montes
Universidad de Valladolid